

Ser y parecer en

El secreto amor de Marina Mancilla de Ramón Molinares

Lázaro Valdelamar Sarabia
Universidad de Cartagena

Resumen

El presente ensayo es una breve reflexión sobre la manera en que el machismo y el conservadurismo moral estructuran la subjetividad de los dos protagonistas del cuento *El secreto amor de Marina Mancilla*, de Ramón Molinares.

Palabras clave: Villanueva, machismo, honor, ser, apariencia, conservador.

Abstract

This essay is a brief reflection on the way the moral conservatism and chauvinism frame the subjectivity of the two main characters of the short story *El secreto amor de Marina Mancilla* by Ramón Molinares.

Key words: Villanueva, chauvinism, honor, the being, appearances, old-fashioned.

Introducción

Autor de tres novelas¹, Ramón Molinares, nacido en 1943 en Santo Tomás, departamento del Atlántico, ha escrito muchos cuentos, publicados especialmente en suplementos literarios como en el *Suplemento del Caribe* (*Vergon-*

¹ *Exiliados en Lille*, 1982; *El saxofón del cautivo*, 1988, y *Un hombre destinado a mentir*, 1993. Sobre esta última existe un ensayo publicado por Ferrer Ruiz (1997), referenciado en la bibliografía.

Recibido en marzo de 2012; aprobado en julio de 2012.

zoso amor, 1977), *Libertad* y en la *Revista Dominical* del diario El Heraldó (*Mi participación en el asesinato del presidente*, 1985, *Pedro y el buey*, *Los libaneses*, ambos en 1987 y *Hospital*, 1992). Dos de sus relatos, *Carne de varón tierno* y *Chartier*, fueron ganadores del concurso literario organizado con motivo de los noventa años del periódico El Espectador. Su relato, *El ocaso de un viudo*, aparece en una reciente antología de veinticinco cuentos barranquilleros (Illán Bacca: 2000). Molinares tiene además varios cuentos manuscritos que circulan entre literatos y críticos de Barranquilla. Se puede decir también, en términos generales, que los temas recurrentes en la mayoría de sus cuentos son la vejez y la decadencia física y moral, casi siempre vinculadas a las relaciones amorosas.

Teniendo en cuenta el diverso nivel de calidad de los cuentos de Molinares, me parece que, junto a *Los libaneses*, son especialmente logrados dos relatos cuya acción se desarrolla en el espacio rural de Villanueva, cuyo clima moral aparece literariamente problematizado por Molinares en cuanto los valores tradicionales del machismo, con sus correlatos en el honor viril y la religiosidad católica-conservadora, son evidenciados como subyacentes a la tensión entre el acatamiento (tradición) y la ruptura (modernidad) de dichos valores como fuente de las ambigüedades y frustraciones de la subjetividad de los personajes. Esos dos cuentos son *Pedro y el buey* y *El secreto amor de Marina Mancilla*, este último objeto del presente análisis².

La anécdota y la técnica

Este cuento es relatado por el médico Armenta, quien leyendo un avance científico sobre el tratamiento para la diabetes, evoca la remota tarde de hace más de cincuenta años en que la viuda Marina Mancilla, después de años de riguroso luto y “castidad”, se acerca al consultorio para revelar su viejo y frustrado amor por Alfredo Fuentes, a quien ha amado desde antes de su matrimonio con Miguel, esposo y padre perfecto, con quien se casó por imposición de sus padres, y por el cual nunca sintió amor de verdad.

Aquí, la elección de un narrador homodiegético en alternancia con el diálogo, es la clave técnica que permite rebasar el tono anodino y cierto grado de esquematismo en el manejo de los personajes de la escritura de Ramón Molinares, pues desde el inicio de *El secreto amor de Catalina Mancilla*, estos

² Por los datos que aporta el mismo texto en cuanto al tipo de música de moda en los dos momentos, podemos decir que la acción se desarrolla a mediados del siglo XX, mientras que el acto narrativo, la enunciación, es efectuada por el narrador en la década del 90.

recursos técnicos incitan a evaluar las observaciones y juicios emitidos en el cuento como pertenecientes a la focalización de Armenta, contrastándolos con lo que de él se infiere en las palabras que pronuncia. De esa forma el lector debe ponerse en situación al considerar el juego entre el ser y el parecer del personaje narrador, para que no se le escape la tensión semántica entre el apego y la ruptura con ciertos valores tradicionales, tensión que constituye, a mi juicio, la línea de sentido más rica del relato.

El parecer

Efectivamente Armenta, siendo quien narra la historia, se autorrepresenta de manera subrepticia y desde el inicio, como un personaje investido de caracteres no tradicionales, al definir su modo de pensar por oposición al del resto de los habitantes de Villanueva, actitud reafirmada por el tono de condescendencia que emplea al referirse a “ellos”, a quienes denomina “cándidos villanueveros” (Molinarie: 2). Armenta se esfuerza por dar a entender su no pertenencia a ese mundo, ya que él es un recién llegado al pueblo. “A la señora Marina la conocí... recién llegado a Villanueva” (Molinarie:1); en el mismo sentido se orienta su relegamiento de las prácticas medicinales de los parroquianos a superchería, al señalar que “En la Villanueva de aquellos días los enfermos sólo visitaban al médico (...) cuando ya estragados, (...) habían agotado todos los remedios caseros, brebajes y cataplasmas recomendados por los vecinos”. (Ibíd).

Además, Armenta quiere hacer ver que se distancia del clima de pacata y rígida religiosidad de esa sociedad, al contar que conoce sólo de oídas la vida de Marina Mancilla, ya que es Melchora, una empleada doméstica de la protagonista, quien le cuenta que Marina guardó el periodo de riguroso luto prescrito por el catolicismo para los casos de viudez.

En este punto, el lector debe concluir que la personalidad de Armenta, por contraste con la de los villanueveros, sería la de un sujeto ciudadano, de mentalidad moderna y secular, pues se educó en la capital del país, posee conocimientos científicos y es asiduo lector (el relato se inicia precisamente con el narrador actualizando sus conocimientos con la lectura del periódico).

El Ser

Pero es precisamente en las fisuras del discurso que sostiene esa imagen donde se halla la riqueza semántica de *El secreto amor de Marina Mancilla*... Una vez pasa el periodo de luto Marina Mancilla, fingiendo una enfermedad, le pide en

tono confidencial (son cuarenta y dos años de amor oculto) al doctor Armenta que le comunique a Alfredo Fuentes su decisión de vivir por fin el amor por tanto tiempo aplazado. Aquí, en el cara a cara del hombre y la mujer protagonistas, es donde puede leerse la naturaleza moral del conflicto abordado por Molinares: la crisis del arraigo identitario de los personajes en los valores sustentadores de un clima rural, religioso, inquisidor, precientífico y sobre todo machista; el clima moral en que viven “los cándidos villanueveros” de quienes discursivamente se quiere diferenciar el narrador. Tanto es así que, al notar la inminente posibilidad de la apertura sincera del ser por parte de Marina, el médico presiente y teme ver develada la naturaleza de su propio yo, pues al darse cuenta de que ella no fue por un examen médico al consultorio, se ve a sí mismo sorpresivamente perturbado “(...) Alcé la cara un poco intimidado por la molesta sensación y vi en la suya, frente a mí, apenas separada por el escritorio, una sonrisa que me pareció enigmática (...)”. (Molinares: 2). En realidad, el único enigma es si él hablará desde la autenticidad del ser, tal como está dispuesta a hacerlo Marina.

De hecho, al principio del diálogo Marina Mancilla explicita las razones por las que se atreve confesar su secreto ante el médico, razones que se sustentan en la apariencia ético moral que proyecta Armenta: “(...) vine a verlo porque sé que usted hizo sus estudios en la capital” y enseguida, queriendo inferir de ello la mentalidad moderna del médico venido de fuera, de una ciudad que ella imagina menos conservadora que su pueblo por ser la capital del país, agrega, “y porque me ha inspirado confianza (...) me da vergüenza pero la verdad es que usted me parece discreto, inteligente, (...) creo que usted podrá comprenderme y ayudarme”. (Molinares: 2). Luego de una larga rememoración de su vida de esposa abnegada, sus sentimientos frustrados y somatizados bajo la forma de dolores “sin causa”, la mujer le pide al médico que le haga saber a Alfredo Fuentes, a la sazón de paciente terminal de Armenta por diabetes, el deseo que ella tiene de convivir con él, aunque sea ahora en la vejez; Armenta aduce no poder hacerlo, alegando razones médicas, pues Alfredo ha prohibido que se sepa de su enfermedad en el pueblo.

Sin embargo, de sus palabras se desprende que en realidad Armenta moralmente es, contra la opinión que tiene y proyecta de sí mismo, un mojigato e inquisidor moral más, de la Villanueva de la que quiere distanciarse. Aunque dice querer preservar la estabilidad emocional de Alfredo, el médico recurre al más arraigado de los prejuicios conservadores, el machismo, para que Marina recuerde el lugar que, como mujer, le corresponde en su sociedad: “Me parece que todos en Villanueva piensan que ha sido usted una mujer felizmente casada, darles ahora una idea distinta... (Molinares: 4)”. Es más, aunque diseminadas a lo largo del texto como simples insinuaciones de una posible atracción de Armenta hacia

Marina, desde nuestra interpretación en realidad es esa misma voluntad (la de circunscribir a la mujer en el lugar que una sociedad conservadora machista le prescribe moralmente) la que conducen en el discurso narrativo de Armenta las constantes alusiones a la belleza física de Marina.

Frases y palabras como “hermosa imagen”, “otoñal hermosura” y “agraciada señora”, son aquí fundamentales, ya que serán marcas de caballerosidad en este caso justificativas para hacer aparecer como naturales esos verdaderos llamados al orden por parte de Armenta a Marina en los que se evidencia, como afirma Bourdieu:

La dominación masculina que convierte a las mujeres en objetos simbólicos, cuyo ser (*esse*) es un ser percibido (*percipi*), tienen el efecto de colocarlas en un estado de permanente (...) dependencia simbólica. Existen por y para las miradas de los demás, es decir en cuanto objetos acogedores, atractivos, disponibles (...) Y la supuesta feminidad sólo es a menudo una forma de complacencia respecto a las expectativas masculinas, reales o supuestas. (2000: 86)

La fijación constante de la mirada en el físico de Marina por parte de Armenta, fijación que reduce la subjetividad de la mujer a su cuerpo como pura exterioridad, que está ahí para ser percibido como mero objeto, se vincula con una **expectativa moral masculina**, se confirma y complementa con su aserto de que para él “todo lo bello es bueno”. (Molinares: 1).

Por tal motivo Armenta se envanece al pensar que en la fiesta de recibimiento ella lo atiende como se espera que las mujeres lo hagan, “es decir con el mismo entusiasmo que lo había hecho en vida de su esposo”; de hecho, desliza una frase que sutilmente, aparte del deseo ser servido, refuerza la distribución de los espacios de acuerdo con los roles de género tradicionales, siendo el espacio de la socialización pública reservado a los hombres: “ella fue quien me trajo la totuma en que sirvieron el almuerzo (...) que comimos los hombres (...) en el patio y las mujeres (...) en la sala”. (Molinares: 1).

Así, juicio moral y juicio ético demuestran ser uno solo con respecto a lo que se espera debe ser la conducta de una mujer, en este caso Marina Mancilla, en una sociedad machista como la descrita en el cuento. Por ello, es la voz constrictora del machismo y el conservadurismo moral de toda Villanueva la que habla a través del médico cuando, en un último intento de llamar a Marina a la prudencia le dice de modo lapidario: “Usted es muy bonita, goza de consideración; no sé qué pensarían sus amistades (...) las monjas (...) sus compañeras de la congregación de Madres Católicas”. (Molinares: 4).

A su vez, en la inversión que va del parecer al ser, en lo concerniente a Marina, ella se revela en este diálogo como una mujer valiente que, tal vez por su vejez (o a pesar de ella), no está dispuesta a renunciar por más tiempo al amor que le da sentido a su vida, sobre todo sabiendo que Alfredo está a punto de morir. Por primera vez se siente dueña de sí misma, y está dispuesta a contrariar la lógica y el orden moral del pueblo al que ha vivido sometida por ser mujer y que el propio Armenta encarna en el fondo. Por ello insiste en que no le importa lo que piense la gente (Molinares: 5). Pero es entonces cuando llegan tanto el clímax como el desenlace del relato.

Este desembarazarse de las constricciones morales conservadoras que censura el amor entre una viuda, por si fuera poco sesentona y por otro anciano, lleva a Marina a ver la irracionalidad de valores como el buen nombre y el honor, contruidos por la sociedad en que vive como normas cotidianas y no cuestionadas de conducta. Ella entiende que, ante todo están el amor y la felicidad como alentadores de la subjetividad humana, y que éstas son cosas más importantes que la belleza o la suficiencia puramente físicas. Por tal comprensión, reencontrada consigo misma, es que desdeña como ridículo que Armenta (pues él lo cree tanto como Alfredo Fuentes), argumente que la impotencia sexual sea un impedimento para vivir el amor. ¿Por qué, si no por amor, quisiera casarse ella, también anciana, con un hombre de esa edad? En vista de la enfermedad del hombre amado, y por la valentía propia, para no desperdiciar más el tiempo en una vida sin amor, ella expresa no por abnegación o mero conformismo, como lo querría hacer ver Armenta, sino por el impulso soberano de su afecto, el deseo de acompañarlo hasta la muerte:

Eso no me importa, doctor, no tiene importancia, no quiero casarme para que Alfredo me haga el amor; lamento su equivocación (...) me conformaría con abrazarlo y que me abrace, dormir con él, ver sus zapatos y los míos debajo de la misma cama, hacerle las comidas, bañarlo si es necesario. (Molinares: 5-6).

Desafortunadamente, los hombres del cuento no captan, como sí lo hace Marina, la irracionalidad que encierra la noción honor (Bourdieu, 2000: 64 y 66-67), sobre todo del honor viril³, y Alfredo Fuentes, víctima de ello, lleno humillación

³ En el cuento *Pedro y el buey*, la coerción de este código de virilidad está muy bien plasmada por Molinares en el personaje de Pedro, cuya capacidad de mostrar afecto hacia el buey y otras personas, es contenida por temor a que piensen en Villanueva que él es un afeminado. Por ello recurre a expresar el afecto bajo los efectos del alcohol y se ve obligado a cada instante a reafirmar su virilidad gritando a voz en cuello que él *sí es un hombre*, y que está dispuesto a hacer valer ante los jóvenes su linaje por medio de la violencia. La irracionalidad del código de honor viril llega a tal punto del ridículo, que Pedro no quiere que se sepa que desde la muerte del buey, no siente deseos de consumir carne de res, precisamente porque en el pueblo tal conducta le atribuiría rasgos de feminidad.

y cólera (ante el hecho de que una mujer, y la sospecha de que, según él, a través de ella todo el pueblo, supiera de su impotencia sexual) se suicida de un balazo, renunciando al amor, y con él a la vida misma, en una típica y estúpida conjugación de masculinidad con violencia. El narrador lo enuncia casi sin rodeos: “Alfredo Fuentes... Tomó esta (sic.) determinación, supongo, empujado por un sentido del honor que los jóvenes villanueveros de hoy desconocen”. (Molinares: 5).

Conclusión

Con el “supongo” aclaratorio de la última frase, Armenta busca de nuevo aparentar distancia de ese comportamiento relegándolo a una ruralidad lejana y remota, cuando en realidad él mismo se halla, aunque borrosamente para su conciencia, imbuido de ese código cultural. Por tal motivo, como se dijo en la introducción de este ensayo, Molinares acierta en este cuento al dejar que sea el diálogo, en contraste con la narración homodiégetica, el que revele la naturaleza real de los personajes. Es la confrontación a la que se le fuerza por parte de la subjetividad del otro, lo femenino, la que pone al descubierto al médico Armenta como portador social privilegiado, por la autoridad que su profesión le concede en ese medio, de un conservadurismo vinculado indisolublemente a un machismo que puesto a escoger entre el amor y la muerte, opta siempre la segunda.

En definitiva, *El secreto amor de Marina Mancilla* actúa como una máquina verbal en la medida en que pone en juego una operación de desenmascaramiento de las apariencias en la identidad de los personajes, invitando al lector a reflexionar sobre los antivalores que, como el machismo, se ocultan bajo el ropaje de la condescendencia y el paternalismo subyacentes a nuestra concepción de las relaciones de género otorgados, tanto en la voz masculina de Armenta en el relato, como en la de los discursos y códigos morales que, actúan a través nuestro en la vida cotidiana de la mayor parte de nuestra sociedad.

Bibliografía

- Bourdieu, Pierre (2000). *La dominación masculina*. Anagrama: Barcelona.
- Ferrer Ruiz, Gabriel. “Culpabilidad, confesión y dialogismo en *Un hombre destinado a mentir*”. En: *Polifonía*. Revista de Lingüística y Literatura. Uni-atlántico. Barranquilla. 1997. Vol. 1 No. 1. pp. 57.68.
- Illán Bacca, Ramón (2000). *Veinticinco cuentos Barranquilleros*. Barranquilla. Uninorte.
- _____ (2005). *Escribir en Barranquilla*. Barranquilla: Uninorte.
- Molinares, Ramón. *El secreto amor de Marina Mancilla*. s.l. s.f